

Lengua e identidad

Alexandra Álvarez*

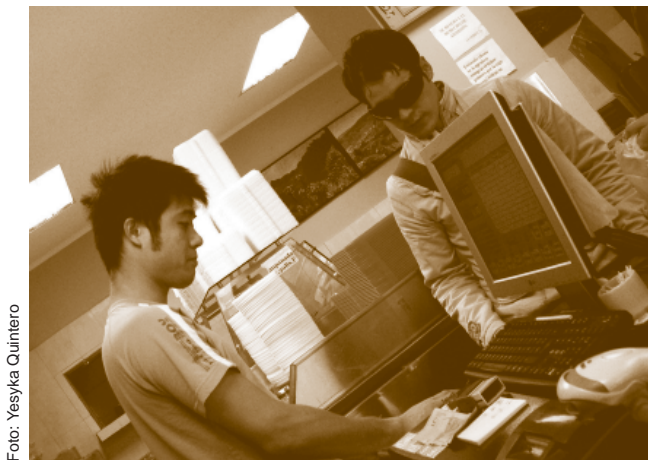


Foto: Yesyka Quintero

La lengua, y particularmente su expresión oral, están íntimamente relacionadas con la identidad de una persona. Se ha dicho que la lengua y la identidad son inseparables, e incluso que los actos de lenguaje son actos de identidad (Tabouret-Keller, 1998), porque al hablar le decimos al otro quiénes somos y a qué región o grupo social pertenecemos, incluso cuáles son nuestras creencias y valores.

En el caso del español, hablado en tres continentes, América, Europa y África, esto es importante porque incluso los hablantes comunes pueden situar a su interlocutor en el espacio social. Y nos toca especialmente a los hablantes del español americano, quienes nos comunicamos en una vasta región con casi todos nuestros vecinos.

La identificación que se logra con el lenguaje tiene dos dimensiones. En primer lugar una dimensión social, porque el hablante se considera como miembro de un grupo; en segundo lugar, una dimensión individual, porque el hablante se identifica a sí mismo y construye su autoimagen. Esta identificación siempre implica al otro, puesto que de lo que se trata es de un proceso de conjunción y de disyunción. En este sentido, puede decirse que la identificación es un proceso semiótico de agrupación social y de autoimagen. Este proceso implica el darse nombre y comprenderse como un individuo distinto de otros, pero también como alguien que forma parte de un sector de la sociedad que a su vez se distingue de otros.

La identidad se da en diferentes niveles. Un venezolano puede considerarse zuliano y maracucho,

andino y merideño, pero no zuliano y tachireño. Vale decir que la gente puede sentirse partícipe de una serie de identidades inclusivas. Sin embargo, no hay que olvidar que las identidades no siempre van incrustadas unas dentro de las otras, sino que pueden corresponder a grupos distintos dentro de una misma sociedad, como es el caso de los jóvenes, que, aunque en ocasiones parecen descorteses para el grupo de los adultos, buscan en realidad su construcción como un grupo distinto, del que ellos se sienten parte.

La identidad es dinámica: podemos ver cambios en el nivel dialectal que provienen de las actitudes de los hablantes. Por ejemplo, las hablas de los Andes venezolanos están experimentando cambios que agrandan la separación con los dialectos colombianos fronterizos; es así, por ejemplo, como los hablantes de este lado dejan caer cada vez más las [-s] finales como el resto de los venezolanos, con lo cual se distinguen de los vecinos colombianos, que suelen mantenerlas (Obediente 1999: 218). Esto probablemente se debe al peso del centro sobre la periferia que se siente actualmente en el país. Sin embargo, esto está restringido al uso, no ha pasado a la norma. Pero otros rasgos del habla de los Andes se mantienen, dejando sentir así que el individuo es de aquí y no de otra región venezolana, con lo cual marca su identidad andina. Con ello enfatizamos el hecho de que el individuo se acerca o se aleja de sus congéneres en la medida en que siente que sus valores, actitudes o intereses personales son de algún modo comunes o diferentes.

*Profesora Titular, Facultad de Humanidades y Educación ULA
E-mail: alvareza@ula.ve

Referencias

- Obediente, Enrique. (1999). Identidad y dialecto: el caso de los Andes venezolanos, en: Perl, M. y Pörtl, K. (eds.) *Identidad cultural y lingüística en Colombia, Venezuela y en el Caribe hispánico*. Tübingen: Niemeyer, 213-219.
- Tabouret-Keller, Andrée (1998) "Language and identity", en: Coulmas, Florian (ed) *The Handbook of Sociolinguistics*. London: Blackwell: 315-326.